











*Para Jeanne*

T. F.

*Para Molie, la pequeña lectora más grande que conozco.*

I. A.

*Para Sarah, Simon y Gabriel*

S. G.

**loqueleo**<sup>®</sup>

CAPITANA ROSALÍ

Titulo original: *Captain Rosalie*

D. R. © del texto: Timothée de Fombelle, 2014

Publicado por primera vez en *The Great War: Stories Inspired by Items from the First World War*

D. R. © de las ilustraciones: Isabelle Arsenault, 2018

Publicado por acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ

D. R. © de la traducción: Federico Guzmán Rubio, 2019

D. R. de esta edición: © Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias  
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-01-4570-4

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

[www.loqueleo.com/mx](http://www.loqueleo.com/mx)



TIMOTHÉE DE FOMBELLE

# Capitana Rosali



Ilustraciones de

ISABELLE ARSENAULT

loqueleg®







Tengo un secreto.

Todo el mundo cree que, sentada en mi banca, bajo el perchero, al fondo del salón, me la paso dibujando en mi cuaderno. Todo el mundo cree que no hago sino soñar, en espera de que caiga la tarde. Y el maestro pasa a mi lado mientras les dicta a los alumnos.

Me toca el cabello con la mano.

Pero yo soy una soldado con una misión especial. Espío al enemigo. Diseño mi plan.

Soy la capitana Rosalí.



Estoy disfrazada de una niña de cinco años y medio, con mis zapatos, mi vestido y mi cabello pelirrojo. No traigo casco ni uniforme para no llamar la atención. Me quedo quieta, en silencio. Para los demás niños, no soy más que la chiquita que viene y se sienta al fondo del salón y no hace nada de nada en todo el día.

Desde que empezó la guerra, cuando mi papá partió a combatir, mi mamá trabaja en la fábrica. Ya soy muy grande como para seguir en la guardería, por eso, cuando aún no sale el sol, muy temprano, ella me deja en la entrada de la escuela de los niños grandes.

El patio está vacío. Espero, sola, mientras me como el pan con queso que mi mamá me envolvió en un pañuelo grande de mi papá. A lo lejos, por las granjas, se escuchan

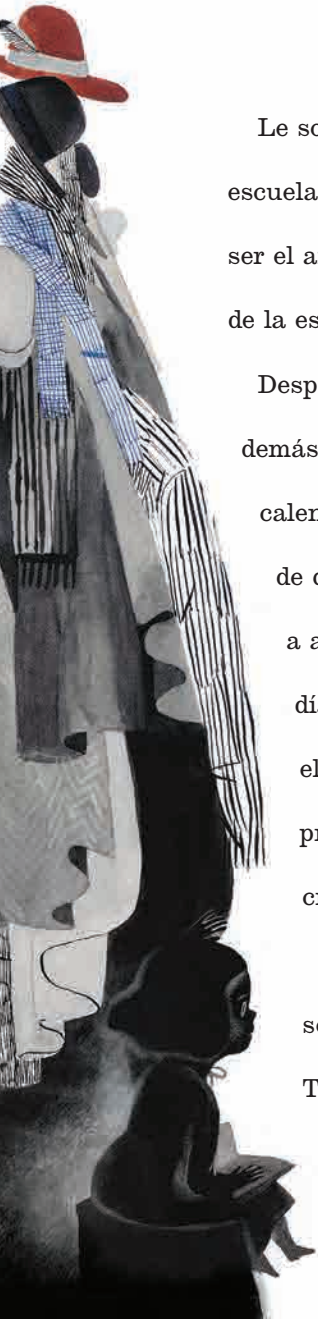
los ladridos de los perros. Las hojas muertas se pasean silbando a través del patio.

El maestro llega a las siete de la mañana. Regresó de la guerra con un solo brazo. Pero sonríe como si tener sólo uno fuera la gran cosa, tanto como estar allí, en esa escuela silenciosa.

—¿Siempre en tu lugar, jovencita?

“Tendría que decir ‘mi capitana’ y cuadrarse”, pienso, pero mejor me callo. Misión secreta: no debo dar ninguna pista acerca de mis planes.

El maestro le dijo a mi mamá al principio del año que me recibiría en el salón de los grandes, que me sentaría al fondo y que me dejaría dibujar; él mismo me daría un cuaderno y unos lápices de colores. En agradecimiento, mi mamá le dio la mano y se la apretó un buen rato.



Le sostengo su maletín en las rodillas mientras abre la escuela. Sus cosas huelen a chimenea y a café. Debe de ser el aroma de su casa luminosa, que está justo detrás de la escuela.

Después llega el gran Édgar, antes que todos los demás porque está castigado y tiene que encender el calentador del salón. Édgar me cae bien. Me doy cuenta de que no pone atención a la clase y de que se niega a aprender a contar y a leer, pero a pesar de ello un día lo nombraré teniente. Édgar me deja encender el cerillo para arrojarlo al calentador. Cuando se prende, el fuego es del color de mi cabello, y quiero creer que es un hermano menor que se parece a mí.

Cuando los demás alumnos llegan, ya estoy sentada en la banca, recargada en la pared. Todos tienen dos o tres años más que yo. Dejo

que me cubran con los abrigos que cuelgan encima de mi cabeza, sin fijarse que allí estoy. Espero un poco y, cuando ya están todos en sus escritorios, dándome la espalda, salgo de entre los abrigos como si saliera de un arbusto para llevar a cabo una emboscada, por detrás, en medio de un claro.

Sólo Édgar se fija en mí, con mi cuaderno en la mano, mientras escucho al maestro que lee en voz alta la primera plana del periódico. Cada mañana, nos lee las noticias de la guerra.



–Ayer, martes, las tropas alemanas fueron aplastadas en el Somme. Nuestros hombres luchan y obtienen victorias. Puede pasar cualquier cosa.

Y después agrega una serie de nombres misteriosos: Combles, Thiepval... Pueblos reconquistados.

El maestro siempre nos da las buenas noticias; jamás las malas. Después, deja que los alumnos se queden un momento de pie, en silencio, detrás de sus sillas. Les dice que deben pensar en nuestros soldados, quienes dan su juventud y su vida por nosotros. A veces, cuando habla de eso, me parece que se me queda viendo, y yo desvío la mirada para no llamar su atención.

¿Cómo podría haberse enterado de mi misión? Cuando finalmente todos los de la clase se sientan, pongo cara de estar en otra parte, perdida en mis pensamientos, cuando en realidad estoy perfectamente concentrada.

Yo soy la capitana Rosalí, infiltrada en este pelotón una mañana de otoño de 1917. Soy consciente de mi deber. Y sé que un día me darán una medalla por haberlo cumplido. De hecho, esa medalla ya brilla en el fondo de mi pecho.

Las pecas bajo mis ojos, los animales que dibujé en mi cuaderno y las calcetas que me llegan hasta las rodillas no son más que camuflaje. He escuchado que los soldados se esconden con helechos cosidos a su uniforme. Mis helechos son unas costras en las rodillas, las miradas soñadoras, las cancioncillas que tarareo para hacerme pasar por una niña chiquita.

El maestro escribe signos en el pizarrón, y los alumnos los recitan en voz alta. Veo al chico de la primera fila pararse para escribir él también signos extraños en el pizarrón negro.

